

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, ENERO 1º DE 1875.

{ NUM. 75.

CHARLA JOVEDIANA.

LA PIERNA DE PALO.

[Concluye.]

1812.

Se prepara una gran expedicion. Es necesario que el ejército francés vaya á descargar un golpe decisivo al corazon del gran imperio del Norte. Se vá á emprender la campaña de Rusia.

—Tengo necesidad de un hombre seguro en quien poder confiar, dijo Napoleon á Daumesnil: he pensado en vos.

—Habeis hecho bien, sire; mi pierna de palo no me impedirá ir á la campaña.

—No es eso lo que quiero. Vincennes es, como sabeis, el depósito central del material de guerra. Puede depender del comandante de ese depósito que de nada carezcan nuestras tropas, ni de armas, ni de municiones. Os he nombrado gobernador de Vincennes. La tarea será ruda y delicada, pero sé en qué manos la encomiendo, y estoy tranquilo.

1814.

Las nieves de la Moscovia han sepultado á 250,000 de nuestros soldados. La campaña de 1813 ha añadido sus horrores á la catástrofe de 1812; un millon de extranjeros huellan el suelo francés, y el éxito parece depender del número. Paris está sitiado, Daumesnil manda en Vincennes y se prepara á la defensa. Por toda guarnicion tiene algunos soldados jóvenes de quienes se apodera el espanto. Daumesnil les reune, les habla y les dice que se les ha confiado el honor de su país.

—General, exclama uno de ellos: nos sepultaremos con vos entre las ruinas de Vincennes.

—¡Viva la *Pierna de palo!* gritan los demás.

Paris ha capitulado, los aliados hacen su entrada. Envian á decir á Daumesnil que les entregue el material que guarda.

—No, responde la *Pierna de palo.*

—Y bien, general, os haremos estallar.

—Venid, replica Daumesnil; y mostrando á los enviados un almacen en que están amontonados por millares los barriles de pólvora, venid, les dice, estallaremos juntos. Si nos encontramos en el aire, os prometo no pasar sin arañaros.

Los aliados no vuelven á pedir nada á Daumes-

nil, quien solo en manos de delegados franceses consentirá en entregar su depósito.

1815.

Nueva invasion extranjera. Daumesnil manda aún en Vincennes. Todo se ha rendido ménos Vincennes. A todos ha vencido el enemigo, excepto á Daumesnil.

Cuando se le intima que rinda la plaza, grita desde lo alto de una muralla: «Devolvedme mi pierna, rendiré la plaza.»

Entónces Blücher, el general en jefe de los ejércitos prusianos, le escribe ofreciéndole un millon si capitula: «Guardadle, contesta Daumesnil; en cuanto á mí, guardo vuestra carta: servirá de herencia á mis hijos.»

Daumesnil solo sale de allí despues de cinco meses de bloqueo, en virtud de una capitulacion cuyos términos ha dictado él mismo, y que ha arreglado con el gobierno de su país.

1830.

Este gobierno, que le ha declarado retirado, acaba de ser derribado. Daumesnil vive en familia en una pequeña habitacion. El pueblo vá á buscarle

ahí. «A Vincennes, general, á Vincennes la *Pierna de palo!*»

Daumesnil vá por tercera vez á ser comandante de Vincennes.

Pero se ha encerrado en la torre á ciertos hombres acusados de un crimen político y á quienes se debe juzgar en breve.

La multitud enfurecida llega un día á pedir á gritos las cabezas de aquellos hombres. Daumesnil se presenta. «¿No sabéis que todo acusado pertenece solo á la ley? les dice. Además, que estos hombres están bajo mi custodia, y solo con mi vida tendréis sus cabezas.»

—¡Viva la *Pierna de palo!* grita la turba, y la excitación popular se calma del todo.

Agosto 17 de 1832.

El viejo honor francés está de duelo. Daumesnil ha muerto. La carta de Blücher es la única herencia que lega á sus hijos.

¿Cuándo alzará la Francia un monumento á la memoria de aquel valiente entre los valientes, digno entre los dignos, y desinteresado entre los desinteresados?

Mayo 25 de 1873.

El monumento se ha alzado. El héroe de vigilancia y probidad ha reaparecido en su Vincennes.

Cuando se descubrió la estatua de bronce, la multitud gritó todavía: «¡Viva la *Pierna de palo!*»

Y la *Pierna de palo* vivirá en efecto largo tiempo, porque cuando las futuras generaciones pregunten al mirar aquella varonil y austera imagen: «¿Qué virtudes tuvo?» la historia se encargará de contestar: «Fuyo las tres que hacen á los hombres legendarios: amó á su patria, no temió la muerte, y jamás traicionó á su conciencia.»

EL TIO ANSELMO.

MALICIA Y BONDAD.

Habia en una casa de campo cuatro niños que nunca armaban disputa cuando se trataba de hacer alguna buena diablura; al contrario, todos estaban de acuerdo, y los grandes eran justamente de la opinión de los pequeños. En la misma casa había un gran perro de los Alpes, llamado *Coradino*, perro de una lealtad y una mansedumbre á toda prueba. Era tal su paciencia, que nunca enseñaba los dientes á los niños que le tiraban de la cola, ó que tenían á bien echarse de golpe sobre el lomo, cuando estaba durmiendo. Había entre las tales criaturas una niña muy golosa, llamada Margarita, la que tenía á veces impulsos de generosidad, y después de dar al perro un pedazo de torta, se la quitaba, y se la comía delante de sus hocicos, sin que el perro, á pesar de esta burla algo pesada, gruñese siquiera. Coradino aguantaba esta chanza, y otras que sería largo referir, con una paciencia y una igualdad, de que ya quisieran envanecerse algunos niños. En paseo, por ejemplo, caminaba llevando en la boca alguna cesta ó alguna bolsa de las perezosas, y á veces llevaba también sobre el lomo los pañuelos de las niñas y las casaquillas de los niños.

Se creará que tan leales servicios le merecerían afecto, y si se quiere cierto respeto de parte de los niños, pues nada de eso: los niños mimados todos son ingratos, porque creen que todo les está permitido. Un día se les ocurrió á los cuatro diablillos atar una vejiga inflada á la cola del buen Coradino; pero como atar la vejiga sola hubiera sido un juego casi inocente, le amenizaron con meter dentro de ella algunos cascabeles. El perro estaba durmiendo, y como que tanto caso hacia de las manos de los niños puestas sobre su pellejo, como de las moscas que se paraban encima de él, les dejó hacer todo lo que quisieron. Pero no era esta calma la que convenia á los cuatro diablillos; era preciso despertar y poner en movimiento á Coradino; era preciso, en fin, atormentar y hacer daño, porque hay gentes que se divierten con el daño que hacen.

Uno de los muchachos se acercó al perro con zalamero y falso ademan, y le presentó una tostada de pan con manteca. Todo héroe tiene alguna debilidad; la de Coradino era perecerse por esta clase de golosinas. Se levantó al instante relamiéndose el hocico, y avanzó hacia el muchacho que con toda picardía iba andando hacia atrás: el muchacho corre, y el perro se lanza tras él, cuando empieza á inquietarle el sonsonete de la cola: la sacude y la levanta á modo de penacho, pero el estrépito redoblaba. Da vueltas al rededor persiguiendo con la boca abierta á su enemigo, que siempre escapa de las furiosas dentelladas que dá al aire. En fin, furioso y fuera de sí por la primera vez en su vida, se precipita hacia la cerca de la posesión, creyendo libertarse, por medio de la fuga, de un enemigo al que no puede alcanzar con los dientes.

Estaba al cuidado de la puerta de la cerca un antiguo soldado que no podía menos de ver al perro y quitarle la vejiga; pero los niños, que no quieren ver libre á su víctima, tratan de distraer al portero. Empiezan á contarle algunas patrañas y á entretenerle de varios modos; pero como él recelase alguna cosa y tratase de desentenderse de ellos, vá uno, y encendiendo una carretilla en el cuarto del portero, viene por detrás de él y se la coloca en la cinta del chaleco. A pesar de que el portero era un antiguo veterano de la guerra de la independencia, no pudo menos de dar un brinco grotesco con la sorpresa y el ruido de la explosión, quitándose prontamente el chaleco, que efectivamente ya se estaba chamuscando. Durante esta maniobra, la verja se abre, y Coradino, todavía mas asustado con la carretilla, sale al campo y los muchachos tras de él.

El perro, en lugar de seguir por la campiña, torció hacia el pueblo y entró por las calles, presentando sus ojos centellantes y enseñando los dientes á los que querían detenerle. Las mujeres que estaban sentadas delante de las puertas, y los niños que jugaban en la calle, se asustaron en lugar de compadecerse del perro. Como era temido en el país, se figuraron que la contrariedad causada por aquel ruido infernal le habia puesto rabioso. Las mujeres cogían á los niños y se entraban con ellos en las casas, los pillos seguían al perro tirándole piedras, y algunos labradores decían que iban á su casa para descerrajarle un tiro, creyendo que estaba rabioso. Coradino salió del pueblo siempre perseguido por aquella fatal cercerrada y llegó corriendo hasta el aprisco de las ovejas. Cuando Coradino iba á paseo majestuosamente delante de sus amos, ó se colocaba entre ellos como si fuera un individuo de la familia, todos los perros de la vecindad le tenían respeto, y ni los mismos perros de los pastores se atrevían con él; pero entonces, perdido todo sentimiento de su dignidad, llegaba con la lengua fuera, cubierto de polvo y llevando en el penacho de su hermosa cola una innoble vejiga, el miserable perro de un pastorcillo del pueblo ya no ve en él mas que el juguete de sus comunes tiranos, los hombres, y perdiendo todo respeto, se dispone á tirarse á él para morderle. Felizmente Manolo, el hijo de una pobre viuda, que estaba encargado de guardar el rebaño del pueblo, se opuso al instante é hizo que *Malos pelos* entrase en su deber. Manolo tenía buen corazón, y lejos de burlarse de la desgracia del pobre perro, llamó al instante á su hermano que estaba allí cerca tendiendo las redes para coger pájaros.

—Mira, le dijo, mira el hermoso perro de la quinta: sin duda los niños se han divertido en atormentarle de esa manera. Ayúdame y vamos á quitarle el peso que lleva en la cola.

—¿No nos morderá? preguntó Santiago, algo asustado á la vista de Coradino.

—No tengas miedo, contestó Manolo: mira..... ¿ves cómo bebe? Pues es señal de que no está rabioso. ¡Atrás, *Malos pelos!*

Así dijo para ahuyentar á su perro que todavía conservaba la maligna intención de hostigar á Coradino, mientras se hallaba en tan lamentable estado. Acercáronse muy poquito á poco hacia Coradino, que estaba bebiendo en el arroyo que corría junto á el hato de las ovejas, y el perro, cual si leyera en los ojos de aquellos muchachos sus buenas inten-

ciones, no trató de huir. Santiago empezó á hacerle caricias en la cabeza con mano trémula, mientras que Manolo le cogía lo cola; pero estaba ésta tan dolorida por efecto de la cuerda con que estaba apretada hacia algunas horas, que Coradino empezó á gruñir sordamente. Santiago retrocedió asustado: Manolo por el contrario, sacó su navaja, y cortando diestramente la cuerda que retenía la vejiga, cayó ésta al suelo, haciendo resonar los cascabeles por última vez.

Coradino agita libremente su cola, comprende el servicio que le acaban de hacer y lame la mano de sus bienhechores. Santiago, ya completamente tranquilo, dijo á su hermano:

—¡Qué hermoso es este perro! Bien nos podíamos quedar con él.

Pero el honrado Manolo rechazó esta proposición, y dejando las ovejas al cargo de su hermano, volvió el perro á la casa de campo, donde su conducta recibió los elogios y el premio que merecía.

En cuanto á Coradino, si le hubiesen dado á escoger, hubiera preferido quedarse con unos niños compasivos que tanto bien le habian hecho, aun cuando pudiera estar rabioso, ántes que volver con unos amos injustos y crueles que miraban como cosa de juego el atormentarle.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

LICOFRON.

Una de las crueldades que refiere la historia de Periandro, tirano de Corinto, es la inmerecida muerte que mandó dar á su esposa Melisa. Era, sin embargo Melisa, madre de dos niños que se estaban educando en Epidauro en casa de su abuelo, y el tirano Periandro, que después de la muerte de su esposa, echaba de menos los afectos de familia, envió por los niños para que le hiciesen compañía. El mayor de los dos hermanos se prestó á venir gustoso, pero el mas pequeñito manifestó la mayor repugnancia; y recordando la catástrofe de su madre, no tan secreta que no hubiese llegado á su noticia, cuando se halló delante del tirano, ni quiso saludarle, ni hablarle, llevando su obstinación hasta el extremo de no contestar á las preguntas que le hacia.

Altamente indignado Periandro, mandó que le arrojasen ignominiosamente del palacio; pero no faltaron algunos buenos amigos, que admirando la entereza y amor á su madre que aquel niño manifestaba, le acogieron con gusto en sus casas; mas no era esto lo que el tirano pretendía. Conociendo que la acogida del niño era una tácita reprobación de la conducta del padre, y que de esta suerte nunca lograría doblegar el carácter altivo de Licofron, que este era el nombre del niño, prohibió severamente el que le diesen hospitalidad.

Vióse entonces el pobre niño desamparado y errante por las calles sin tomar mas alimento que el que de misericordia le ofrecían, y aun eso hubieron de hacerlo de oculto; pues el padre, ya despechado, y viendo que el hijo no cedía, prohibió el que le hablasen y diesen socorro de ninguna especie bajo pena de muerte, amenaza que era muy capaz de cumplir.

Llegaron las cosas al extremo de que el pobre Licofron permaneció casi tres días sin comer, al cabo de los cuales, conociendo Periandro que el muchacho era capaz de dejarse morir de hambre, fué él mismo á proponerle algun alivio en sus miserias, si mudaba de propósito. Licofron, en quien los padecimientos físicos no habian debilitado la energía del alma, solo respondió estas palabras:

—Padre, has incurrido en la pena de muerte, pues vienes á hablarme contra la orden que tienes dada.

Licofron fué desterrado á Coreira por su padre Periandro; pero cuando éste, consumido de vejez, vió que se acercaba la hora de su muerte, mandó que le trajesen á Licofron, y á él solo dejó por heredero del reino de Corinto, diciendo que solo era capaz de gobernar el reino quien tales pruebas habia dado de ingenio, de valor y de constancia.

WATT.

En la cocina de una humilde casa del pueblo de Greenock, en Inglaterra, se hallaba en 1750 un niño que, sentado delante del hogar, contemplaba fijamente la cafetera que estaba puesta á la lumbre. Nada podía distraer su atencion, ni aun la voz de su madre, que admirada de la inmovilidad del niño, se acercó á ver lo que de tal modo cautivaba su atencion. No era otra cosa mas que el vapor del té que estaba hirviendo en la cafetera, el que salía silbando y con extraordinaria fuerza por el piton de la vasija. Pues bien, allí donde la buena mujer nada hallaba de extraordinario, allí su hijo Watt, el inventor de la máquina de vapor, descubria la fuerza poderosa que habia de cambiar el mundo físico. Anteriores y contemporáneos de Watt han existido hombres que han hecho aplicaciones del vapor y conocido su fuerza elástica, pero ninguno como él ha empleado esta fuerza motriz para producir un movimiento de rotacion continuo y regular.

METASTASIO.

El célebre jurisconsulto Gravina, á quien el serio estudio de las leyes no impedía el dedicarse con extremado ardor á la poesía, pasaba en cierta ocasion por la plaza de una ciudad de Italia, cuando le llamó la atencion un gran corro de gente que allí estaba formado. Acercóse á ver lo que atraía tantos curiosos, creyendo no sin fundamento que sería alguna cuadrilla de saltimbanquis; pero así que pudo atisbar lo que dentro del corro pasaba, vió un muchacho como de ocho á diez años que estaba recitando versos en voz alta, con cierta cadencia y cierto entusiasmo.

—Vamos, dijo Gravina, que ese chiquillo bien aprendida tiene su leccion.

—¿Cómo su leccion! exclamó uno de los circunstantes: todo eso que dice lo inventa él ahora mismo.

—¿Será posible? exclamó Gravina; pero esos versos son preciosos para ser improvisados!

Púsose á escuchar con la mayor atencion, quedándose cada vez mas asombrado, hasta que el niño, habiendo terminado, se puso á dar la vuelta al corro con su cubilete en la mano, pidiendo una limosnita por Dios, mas bien que el premio de su trabajo. Pocos atendieron á la justa solicitud del niño, que pasó tambien por delante de Gravina, presentándole maquinalmente su cubilete. El ruido de las monedas que en él cayeron, le hizo levantar sus ojos radiantes de placer y de sorpresa hácia su inesperado bienhechor.

—¿Cómo te llamas? le dijo éste.

—Pedro. Trapassi, contestó el niño, cuyas amoratiguadas facciones y ojos llorosos, bien revelaban sus padecimientos.

—Pues bien, Pedro, te atreverás á improvisar unos versos sobre un asunto que yo te proponga?

—Con mucho gusto lo haré, caballero.

—Se trata de una princesa desesperada al ver que la abandona el príncipe á quien generosamente habia acogido en sus Estados.

—¿Dido y Eneas?

—¡Hola! Parece que lo has adivinado, exclamó Gravina, á quien pasmaba tanta erudicion.

El niño levantó los ojos al cielo, y en actitud de inspiracion recitó los versos que le pedian, con tanto entusiasmo y tanta armonía, que el jurisconsulto, sin dejarle apenas acabar, le dió un abrazo y le dijo:

—Ya no me queda duda ninguna: la Italia tiene un gran poeta mas. Desde ahora mismo te vienes á mi casa, donde nada te faltará y donde yo cuidaré de tu porvenir.

—Señor, contestó el niño, yo estoy en compañía de un pobre ciego, al que no puedo dejar abandonado porque ha hecho para mí las veces de padre, y á él debo lo poco que sé.

—Me gusta esa conducta, hijo mio: que venga tambien contigo, que para los dos habrá colocacion.

Pedro Trapassi, conociendo en el semblante y en las palabras de su interlocutor que era incapaz de burlarse de él, le siguió penetrado de una viva gratitud que le duró toda su vida, y que le hizo en 1717 llorar sinceramente á su bienhechor.

Este hombre generoso, no solo le instruyó por sí mismo y le buscó maestros, sino que adoptándole por hijo le dejó todo su caudal, exhortándole á seguir la carrera de la poesía para la que manifestaba tan brillante disposicion.

Pedro Trapassi conservó el nombre sonoro de *Metastasio* que su protector le habia dado, y dócil á sus consejos, se dedicó enteramente á la poesía dramática, en la que desde los catorce años en que compuso su primera tragedia, hasta los ochenta y cuatro en que falleció, toda su vida fué una continuada serie de triunfos.

En medio de su gloria y su fortuna, nunca se olvidó el Metastasio de los oscuros principios de su vida, que solia recordar con mucha frecuencia.

EL CALIFA.

(FABULA.)

Quiso Almamún, califa prepotente
Que tenia en Bagdad su régio asiento,
Alzar un monumento
Que ilustrara su nombre eternamente;
Y un palacio elevó de tal valía,
Que á todos los palacios de la tierra
En lo bello y magnífico excedia.

Cien columnas su pórtico formaban
De blanquísimo mármol todas ellas,
Y oro y azul y jaspe decoraban
El pavimento en que los piés sentaban
Sus resonantes huellas.
Esculturas sin fin, á cual más bellas,
Ostentaban del arte los primores,
Alternando con ellas los colores
Que vívidos lucian
De cedro bajo el rico artesanado,
Y en recinto encantado
Cada régio aposento convertian.
El diamante, el zafiro y el topacio
Fulguraban allí, como en el cielo
Las estrellas que alumbran el espacio;
Y en tanto que los mirtos y rosales
Con su perfume el ámbito llenaban,
Cien y cien arroyuelos deslizaban
Aquí y allá sus líquidos cristales,
Brotando alguno con bullir sonoro
Cerca del lecho de oro
Donde el augusto dueño
Los cuidados y penas endulzando
Que le infundia el mando,
Al son del agua conciliaba el sueño.

Junto á aquel edificio,
Y enfrente de su mismo frontispicio,
Hecha de adobe, de guijarro y broza,
Se alzaba una casita,
O por mejor decir, mísera choza,
De aspecto tan ruín, tan miserable,
Que grima verla ante el palacio daba.
Un humilde operario allí habitaba,
Anciano venerable,
Que á su trabajo nada más atento,
Toda su dicha y su placer cifraba
En ganar con su oficio su sustento.
Sin esposa, sin hijos, sin parientes,
Olvidado del mundo y de las gentes,
Y de nadie envidioso ni envidiado,
Dias pasaba allí solo y aislado
De laborioso afán sin duda llenos;
Pero tambien tranquilos y serenos,
Como los goza solo el hombre honrado.

Su morada entre tanto, ya lo he dicho,
Parecia allí alzada por capricho
En baldon del palacio portentoso,
Y era fuerza padron tan afrentoso
Quitarle de delante,
Derribando la choza en el instante.
Así el visir hacerlo pretendia
Sin pararse en la forma ni en el modo;
Pero el califa procuró ante todo
Ver si el dueño vendérsela queria,
Mostrando en este punto tal empeño,

Que mandó á su ministro respetarla,
Mientras no se prestase á enajenarla
El susodicho dueño.

Del califa á la voz, baja la frente
El visir obediente,
Y al tugurio en cuestión parte ligero,
Y al morador, con rostro placentero,
Oro ofrece sin límite ni tasa,
Si se desprende de su pobre casa,

—«Ay! mil gracias, señor! dice el obrero;
Mas con ese telar, que es mi tesoro,
No necesito el oro,
Cuyo esplendor está muy por debajo
De la tranquila paz que dá á mi alma
El honrado vivir de mi trabajo:
¿Cómo quereis así que sin querella
Os dé mi casa y me desprenda de ella?
Decid al gran califa que mi madre
En ella me dió el sér, y que si yerto
Mi padre en ella ha muerto,
Quiero en ella morir como mi padre.
Yo conozco á Almamún, y es imposible
Que de mi pobre albergue echarme quiera;
Mas si oyendo insensible
Mi queja lastimera
De él me lanzare en malhadado dia,
No podrá al ménos el solar quitarme,
Ni que venga sobre él á arrodillarme
Dia y noche á llorar la pena mia.» —
Irritado el visir con tal discurso,
Pide al califa que al audaz castigue,
Y que además le obligue
Su casa á demoler sin más recurso;
Pero el califa le responde: «injusta,
Fuera tal órden, además de adusta,
Cuando ese obrero, si lo ves de espacio,
No hace más, en el hecho que te extraña,
Sino amar delirante su cabaña,
Como deliro yo con mi palacio.
Quede su casa en pié; pero de modo
Que renovada á mis expensas sea,
Para que así se vea
Cómo un califa lo concilia todo.
Yo no quiero jamás que mi memoria,
Manchada pase á la futura historia
Con violencia alguna,
Sino que adquiera perdurable gloria
Al tiempo superior y la fortuna,
Enlazando el recuerdo de mi nombre
Con el de ese infeliz y pobre hombre.
Así las gentes con placer y gusto
Nombrarán siempre á su califa augusto;
Y si que voz alguna se desmande,
Viendo el palacio, exclamarán: *fué grande!*
Viendo la choza, añadirán: *fué justo!*»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION PRIMERA.

De las visitas en general.

(Concluye.)

VIII

Es evidente que el reconocimiento de estos principios, y su aplicacion á la práctica comunica grande expedicion á las relaciones sociales, y las liberta al mismo tiempo de las diferencias y resentimientos que sin ellos ocurririan á cada paso, pues ninguno está exento de la imposibilidad absoluta de recibir en ciertas ocasiones, ni de que, habiéndose negado, se descubra por las personas que le solicitan que se halla en su casa.

IX

Este general consentimiento nos ahorra también el embarazo en que nos encontraríamos muchas veces en una visita, por ignorar si habíamos llegado en oportunidad; pudiendo desde luego estar tranquilos y satisfechos, al considerar que la persona que nos recibe ha tenido la libertad de excusarlo.

X

Para terminar esta breve disertación sobre la libertad de excusarse de recibir visitas, que admite hoy la buena sociedad en todas partes, advertiremos que el que usa de este derecho, lo hace muchas veces aun cuando se trate de la visita de un amigo muy querido, cuya compañía le proporciona los ratos más amenos, ó de una persona que le solicita con el objeto de hablarle sobre negocios para él importantes: consideración que hace subir de punto la justificación de todo el que, impulsado por un motivo cualquiera, tiene á bien hacer que se diga á los que le soliciten en su casa que no se encuentra en ella ó que no está de recibo.

XI

Por regla general, siempre que se nos diga que la persona que solicitamos en su casa está fuera de ella, nos abstendremos de hacer ninguna inquisición sobre el lugar en que pueda encontrarse; y aun cuando tengamos motivo para sospechar que se ha negado, ó la hayamos alcanzado á ver en lo interior de la casa, nos retiraremos sin decir una sola palabra sobre el particular, y sin darnos por ofendidos. Y en el caso de que se nos conteste que no está de recibo, guardémosnos de dirigirle ningún recado pretendiendo que nos reciba á nosotros, y retirémosnos igualmente, sin creernos tampoco por esto en manera alguna ofendidos.

XII

Siempre que se nos niegue ó excuse recibimos, una persona á quien solicitamos para advertirla de un peligro que la amenaza, ó para tratar de un asunto cualquiera de urgencia, la discreción y las circunstancias nos indicarán de qué manera debemos conducirnos, si es que nos fuere imposible dejarle un billete en que la impongamos brevemente del objeto de nuestra visita.

XIII

Jamás solicitemos á una persona en una casa que no sea la suya. Tan solo podría ser esto excusable en circunstancias enteramente extraordinarias, ó en el caso de que, existiendo una íntima y recíproca confianza entre la persona que solicitásemos, la familia de la casa en que se encontrase y nosotros mismos, tuviésemos que tratar con aquella un asunto de alguna importancia.

XIV

Las señoras deben evitar el hacer visitas de noche á grandes distancias de su habitación, sobre todo cuando puede existir algún peligro en el tránsito, siempre que no vayan acompañadas por caballeros de su familia, á fin de no poner á los que encuentren en las visitas en el caso de salir á conducir las hasta su casa.*

XV

Jamás debe un caballero permitirse visitar diariamente una casa de familia, sino en los casos siguientes: 1º, cuando á ello se vea impulsado por circunstancias excepcionales, que puedan merecer una discreta sanción del público: 2º, cuando sea pariente muy cercano de la familia que visita: 3º, cuando en la casa haya una tertulia establecida y constante, y esto en las horas en que ordinariamente se reuna la sociedad. Siempre que un caballero se permita quebrantar esta prohibición, un padre ó una madre de familia estará no solo en la libertad, sino en el deber de excitarle, por medios indirectos y aun directos, á hacer menos frecuentes sus visitas; sin que deba detenerle para ello la respetabilidad y buena

* Esta regla tiene poca aplicación en los países en que es costumbre andar en coche.

conducta del caballero, ni el grado de amistad que entre ellos medie, sea cual fuere.

XVI

Abstengámonos de visitar á personas que no sean de toda nuestra confianza, cuando nos aflija alguna pena intensa, ó cuando por cualquiera otro motivo nos sintamos notablemente desagradados. Y evitemos visitar en tales casos aun á nuestros íntimos amigos, siempre que ignoren, y no podamos comunicarles, la causa de nuestra desazon.

XVII

Está admitido que visitemos á nuestros amigos, cuando se encuentran hospedados en una casa donde no tenemos amistad; mas la comunicación ocasional en que tales visitas nos ponen con las personas de la casa, no nos deja obligados, ni á ellas ni á nosotros, á darnos por conocidos ni á saludarnos en ninguna otra parte en que nos encontremos.

XVIII

No hagamos ni recibamos visitas de poca confianza cuando por enfermedad ú otro accidente cualquiera no podamos guardar estrictamente las reglas del aseo, ó presentarnos decentemente vestidos; con excepción de los casos en que nos encontremos en circunstancias extraordinarias, en los cuales nos excusaremos debidamente ante la persona que nos recibe ó que recibimos nosotros (§ VII, art. 5º cap. II, y § XI, cap. id.)

XIX

No es de buen tono que entremos en una casa donde no tenemos amistad, acompañando á una persona que se dirige á ella con el objeto de hacer una visita que no es de negocios, cuando aquella no lleva ni puede llevar la intención de presentarnos de una manera especial á los dueños de la casa.

XX

Es altamente impropio entrar á caballo en una casa con cuyos dueños no se tiene una íntima confianza, ó donde no existe un lugar destinado á colocar las bestias pertenecientes á las visitas. Esta prohibición no comprende, sin embargo, á los médicos ni á las demás personas cuya profesión ú oficio las obliga á andar constantemente á caballo.*

XXI

Es una impertinente vulgaridad el preguntar individualmente en una visita por las diferentes personas de una familia. Hecha en general la pregunta que exige siempre la cortesía, tan solo nos es lícito informarnos en particular de la persona que está ausente, de la que acaba de llegar de un viaje, ó de aquella que sabemos se encuentra indispueta.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Poderosa eres ¡oh mujer! por el tranquilo encanto de tu presencia.

Lo que no puedas hacer en calma, no podrá hacerse de otro modo.

El poder es del hombre; las leyes se han hecho para gobernarle. Mas la mujer gobierna con su dulzura; solo por ese medio debe gobernar.

Es cierto que muchas lo han hecho por la fuerza de voluntad y acción; pero nunca alcanzaron ellas la verdadera corona. La verdadera reina rige solo por las gracias femeniles.

Rige y gobierna donde quiera que es vista. — SCHILLER.

Si un hombre que se encamina á un alto destino debe estudiar los hechos de las naciones más notables de la tierra, sería impropio exigir lo mismo de una mujer.

La historia estudiada por una joven se ha de encaminar al cultivo de su sensibilidad, de sus senti-

* Véase la nota del párrafo XIV.

mientos, del entusiasmo por lo bello y lo grande, no á sobrecargar puramente su memoria.

La extensión de lo que se ha de confiar á la memoria, debe ser lo más limitada posible.

Un error cronológico sienta mucho menos mal á una joven que la menor apariencia de pretensiones de conocimientos históricos.

Es de toda evidencia que será de mucho provecho á una joven conocer las vidas y caracteres de los mejores modelos femeninos.—VON RAUMER.

«El mejor fruto de la historia, dice Goethe, es el entusiasmo que despierta.» Según eso, los estudios históricos de una joven deben ser de un carácter elevado, y los hechos actuales comunicados deben ser explicados por sus respectivos ideales.

En una historia para niñas el principal objeto debe ser dar una representación biográfica y etnográfica del alma humana, en rasgos sencillos, escenas y partes; pero no por medio de aquellas interminables genealogías de legisladores cuyos nombres y existencias son á menudo mucho más inciertos que muchos de los relatos mitológicos.

Las guerras, campañas y batallas no tienen para ellas ningún interés; será bastante darles á conocer por medio de pocas representaciones los resultados de los esfuerzos humanos.—OESER.

El atractivo es más valioso que la belleza.

La belleza es una cualidad terrestre y se destruye en algunos años; pero el atractivo es un encanto del alma y eleva y adorna aun la ancianidad.

Hay muchas formas hermosas y facciones regulares. Pero no siempre atrae al alma lo que agrada á los sentidos.

Frecuentemente se dá el caso de que las mujeres hermosas están destituidas de aquel encanto cuya dulzura, natural amabilidad para con los demás, é inefable dignidad, arrebatan el corazón de todo el mundo.

La belleza produce prontamente el placer; pero no continúa por mucho tiempo produciéndolo. El atractivo hace amables aun los defectos serios, y establece, aunque lentamente, un dominio duradero.

Es muy común que las mujeres, en su deseo de agradar y de gobernar agradando, cambien su natural agrado, aun durante el período de su educación, por maneras afectadas, actitudes estudiadas y elegancia de movimientos. Pero esto no es más que pintar una mejilla pálida, falsificar lo que no se posee en realidad.

Así como la belleza es el encanto de los sentidos, el atractivo es el encanto del alma; es un encanto que irradia á través de la cubierta corporal, ennoblecíendola.

Así como la fuerza, facultades mentales y energía de pensamiento del hombre se distinguen en sus facciones, sus palabras, el tono de su voz, su andar y sus movimientos, así en el exterior de la mujer se hallan indicadas la inocencia, la dulzura y la nobleza del carácter femenino, sin artificios ni afectación.

El atractivo no lo dá un exterior elegante, sino al contrario, el atractivo, que á menudo se manifiesta aun en asuntos triviales, dá las leyes al buen gusto.

Cuanto más noble es el carácter interior, tanto más noble es el aspecto exterior.

Por lo tanto, el atractivo acompaña mejor á la pureza y á la sencillez, que los más ricos adornos; porque aquel demuestra las virtudes del poseedor; los últimos su vanidad.—ZSCHOKKE.

Es un rasgo casi innato en las mujeres, buscar, discutir y hallar falta en todo. ¡Odioso vicio! ¡Cuántas jóvenes se han hecho infelices y perdido todo bien por su propia boca!

Deben las jóvenes guardarse del orgullo y de la vanidad.

Un orgulloso es un enemigo de Dios, que es todo dulzura, benevolencia y bondad.—MOSCHEROSCH.